

## **Seminario internacional**

### **“La familia: un recurso para superar la crisis”**

(Palazzo San Calisto, 18 de septiembre de 2014)

#### *El impacto de la crisis financiera, económica y social en la familia: una perspectiva mundial*

S. Em. <sup>a</sup> Óscar Andrés Cardenal Rodríguez Maradiaga

Queridos amigos:

Bienvenidos a Roma, al corazón de Trastevere, donde también estuvo San Francisco en 1209, ¡hace más de 800 años!

Es una hermosa señal que, precisamente el Santo de la “Virgen de la Pobreza” y nuestro querido Papa, que lleva su nombre, nos hayan dado hoy la ocasión para encontrarnos.

Faltan pocos días para la Tercera Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, que tendrá como lema “*Los desafíos pastorales sobre la familia en el contexto de la evangelización*”.

Es un evento “profético”, el primer paso de un camino, bueno, mejor diríamos el segundo. El primero fue del Papa Francisco, cuando quiso escuchar las voces de las familias y las comunidades, mediante una gran consulta en las iglesias locales. En este movimiento de ideas y proyectos, que nos hace sentir Iglesia, comunidad en camino, nos gustaría participar también a nosotros hoy, con nuestra reflexión pastoral. Y como estamos reunidos en nombre de Jesús, será Él “el experto” que nos acompañe de la mano y nos haga entrar en el corazón de los sentimientos profundos y las esperanzas de las familias de hoy, sobre todo de las pobres y las que sufren.

Se puede hablar de familia desde muchos puntos de vista y con diferentes enfoques. Hoy nosotros hemos hecho una elección bien precisa: no queremos hablar de la familia en general o de la familia perfecta; sino más bien de tantas familias concretas de nuestro tiempo, esas que están atravesando, cada una a su manera, situaciones realmente difíciles y que, a pesar de todo, todavía son capaces de esperar y planear el futuro. Son ellas, junto al Señor, nuestra verdadera cantera de esperanza, son ellas las que pueden hacernos superar las crisis de este tercer milenio.

Hoy en día, las familias son el centro de grandes paradojas. La globalización ha entrado en sus casas, en sus vidas cotidianas. Como ya afirmaba, en 1995 Renato Ruggiero, entonces

Director General de la Organización Mundial del Comercio, «nos despertamos por la mañana con una radio de marca japonesa, fabricada en Malasia. Probablemente, nuestra ropa fue fabricada con lana australiana y el café, que bebemos, mientras vemos la CNN en la televisión, es probablemente colombiano. (..) El mercado global no es una realidad que empieza en nuestras fronteras, sino en nuestras casas”<sup>1</sup>.

Sí, es verdad, el mundo globalizado ha entrado en nuestras familias y puede ser una oportunidad, si está bien orientado por los valores. Pero también es un riesgo, si sus beneficios llegan solo a unos pocos, aumentando la distancia entre ricos y pobres. Hoy atravesamos una crisis económica sin precedentes, que comenzó en 2008. Con ella, se ponen en evidencia todas las contradicciones del sistema económico y la ideología que la globalización ha difundido en todo el mundo. El aumento de la desigualdad, tantas vidas que quedan marginadas del denominado mercado global nos obliga a preguntarnos si este sistema ha protegido realmente la dignidad de todas las personas y mejorado la vida de las familias, y si ha permitido a las poblaciones marginadas engancharse firmemente a la locomotora del desarrollo integral.

Porque una economía no se puede llamar moderna si acumula toda la riqueza por un lado y toda la pobreza por otra. No se puede decir que es moderna, si produce desempleo y disipa valores, nivelando diferencias culturales, ni tampoco se puede definir globalizada si divide la humanidad en “incluidos y excluidos”.

En los últimos 25 años, en los países industrializados, el consumo per cápita ha aumentado a un ritmo del 2,5% al año, mientras que en los países africanos el consumo por familia ha disminuido del 20%. A escala mundial, los habitantes de los países con mayores ingresos absorben el 86% de los gastos del consumo privado, contra el solo 1,3% en los países pobres.

El gran defecto de la economía de mercado es su eficiencia excluyente. Por eso el gran desafío se llama inclusión. La economía de mercado es eficiente porque es capaz de crear riqueza, es excluyente porque es incapaz de distribuirla de manera equitativa.

El mercado financiero ha crecido con desmesura, en los últimos decenios, creando un poder autorreferente, que no responde a la producción, ni a una autoridad de control internacional, sino sólo a él mismo.

---

<sup>1</sup> R. RUGGIERO, ponencia en el Congreso “Economía: ¿qué futuro?”, Roma, diciembre de 1995, pág. 3.

En Wall Street, cuando llegan noticias sobre la buena marcha del empleo, la bolsa se desmorona; lo contrario de lo que sucedía en el pasado. El que invierte en la bolsa, ya no está interesado en saber si una empresa goza de buena salud, ahora son más importantes las ganancias rápidas y la especulación, porque juegan con las diferencias entre divisas internacionales. Los aspectos financieros de las decisiones prevalecen, sobre los económicos y humanos. De esa manera, muchas personas, familias, empresas, países, son cada vez menos protagonistas de su propio destino.

Nuestras Caritas se encuentran ante una aparente contradicción. Las evaluaciones oficiales de los gobiernos y de las organizaciones económicas internacionales han registrado en los últimos decenios altos índices de crecimiento económico, en diversos países del mundo, sobre todo en las denominadas economías emergentes.

En América Latina y el Caribe, Caritas, con frecuencia, oye hablar de panorama de prosperidad, de aumento del Producto Interior Bruto per cápita, de altos índices de exportación (casi el 5-6%), a pesar de la crisis económica mundial. Sin embargo, al mismo tiempo, nuestro centro de escucha y primeros auxilios ha visto como se alargaban las colas de los pobres y, sobre todo, de las familias. Esas familias que buscan una primera ayuda de emergencia, así como un trabajo, una casa, tutela jurídica, la posibilidad de volver a entrar en la comunidad activa, de gozar plenamente de los propios derechos de ciudadanía.

“La primera pregunta que nos planteamos, como Caritas, sobre las tendencias optimistas de los indicadores económicos es la siguiente: ¿Estas estadísticas responden a la situación real que viven las familias en América Latina y el Caribe? ¿Es real la distribución equitativa de los indicadores económicos? Porque aunque sea cierto que determinados factores están creciendo (pensamos en las exportaciones), hasta el punto de poder hablar de “economías emergentes” y de una cierta disminución de la pobreza, también es verdad, lo contrario, que la pobreza sigue azotando a casi 167 millones de personas, o sea, ¡casi al 28,8 % de los habitantes!”<sup>2</sup>.

También en África, antes de la crisis, todos los informes de las instituciones financieras internacionales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Banco Africano para el Desarrollo) indicaban un fuerte incremento en algunas economías del continente. Luego llegó la crisis, la coyuntura desfavorable, que trajo consigo el desmoronamiento de los precios de las

---

<sup>2</sup> Cfr. Aportación de la Caritas regional de América Latina y el Caribe.

materias primas y de las ganancias provenientes de las exportaciones (con la excepción del aumento de los precios de los bienes de primera necesidad para las poblaciones locales). Y así, también las familias africanas, ya marginadas por el desarrollo, han terminado por ir cayendo cada vez más en la pobreza y la precariedad.

Una anécdota que citaba un diario de Kinshasa, en la República Democrática del Congo, nos hace entender la medida de la desilusión y el desengaño de las familias africanas, cuya pobreza no parece, absolutamente, disminuir, ¡más bien al contrario!<sup>3</sup> El periodista comenta que, no obstante la estabilidad del cuadro macroeconómico, el pueblo congoleño «confundido y desengañado, pierde cada vez más la esperanza de mejorar su vida cotidiana». Los indicadores son positivos: índice de crecimiento del 7.2%; reservas internacionales en aumento; índice de cambio estable, pero la precariedad sigue siendo altísima. “¡La estabilidad económica no se come!”, comentó a su modo un funcionario, en una reciente huelga de empleados públicos de la administración local, reaccionado al cinismo del Ministro de Economía, que indicaba que la estabilidad económica habría beneficiado a ¡todos los congoleños!

En realidad, buena parte de las familias africanas – aunque en muchos países de Asia y el resto del mundo la situación no es diferente – están obligadas a luchar por la subsistencia y a concentrar en esta lucha el máximo de sus energías.

No estamos yendo hacia un sistema más justo, aunque sea esa la prospectiva que plantea el marketing del “pensamiento único”. La globalización es extremadamente selectiva. Solo tenemos que ver el número creciente de viajes de la esperanza de prófugos y emigrantes que, con frecuencia y lamentablemente, terminan en el cementerio de los mares y las tierras que atraviesan.

En un sistema que han puesto al individuo como centro y valor supremo, unas finanzas y un mercado sin reglas, las necesidades reales y profundas de la familia quedan frustradas y la misma red de relaciones y valores que la familia ha vivido y construido siempre corren el riesgo de desmoronarse, como una pirámide de naipes. Sin embargo, como nos recuerda la reflexión de Caritas Italiana, titulada “Familias en vilo”: “Si en Italia el índice de pobreza económica se ha mantenido por mucho tiempo estable, a pesar de una crisis económica, considerada la más grave desde la del 1929, es gracias al rol de «paracaídas social» que la familia italiana ha asegurado

---

<sup>3</sup> Cfr. « À qui profite la stabilité du cadre macroéconomique ? » en *Le Potentiel* (06/09/2012).

siempre, consiguiendo salvar a todos los que se han visto azotados por la larga onda de la recesión”<sup>4</sup>.

¿Y qué es lo que pasa hoy? Por primera vez en la historia, incluso en el Occidente del bienestar, no solo los jóvenes no encuentran ya trabajo y no ven nunca un puesto fijo, sino que incluso sus padres también lo pierden y la vida de las familias, hundidas por la crisis, se vuelven precarias por dos generaciones, a 20 y a 50 años. Es una vida siempre más en vilo, entre el trabajo atípico y el desempleo, con ingresos inciertos y sin posibilidad para los jóvenes de planear un futuro.

Las Caritas de Estados Unidos nos cuentan que, a pesar del mito de América, como tierra de grandes oportunidades, muchas familias americanas corren el riesgo de pobreza, sobre todo núcleos familiares monoparentales, con mujeres como cabeza de familia. El número de este tipo de familias se ha visto incrementado de 50% en los últimos 3 decenios. Según fuentes del *Population Reference Bureau*, el 24% de los 75 millones de niños menores de 18 de Estados Unidos vive en un contexto familiar monoparental, con madres solas; en 2010, el índice de pobreza de estas familia era del 42,2 %<sup>5</sup>. La gran recesión ha vuelto pobre a 1 de cada 7 americanos y el índice de desempleo se ha incrementado hasta alcanzar más del 9 %. Incluso entre quienes tienen la suerte de trabajar, hasta 3 millones de personas pasan dificultades para terminar el mes. Las familias de inmigrantes son las más afectadas.

El impacto de la pobreza se reproduce y amplifica allí donde la crisis entra en la vida de familias “heridas”, que viven la fragilidad de las relaciones y la ruptura, a veces con una recomposición y geometrías variables, del propio núcleo familiar. En estos casos, la pobreza económica, la vulnerabilidad social y la fragilidad de los sentimientos, entran en una espiral, que corre el riesgo de desmoronar y aislar a las personas, en particular a los más pequeños, del resto de la comunidad. Si una pareja entra en crisis, puede suceder igual con toda su red de relaciones. La precariedad de la vida y de los valores han vuelto más frágiles los sentimientos y las emociones. Así mismo, las personas están más solas, sobre todo los ancianos y los niños. Como indican las aportaciones de las Caritas de Portugal y Francia, los niños son los primeros en verse afectados por la pobreza y la fragilidad de los afectos.

---

<sup>4</sup> Cr. Presentación de Don Francesco Soddu, Director de Caritas Italiana, en *Famiglie sospese : quaderno di riflessione teologico-pastorale sulla famiglia in difficoltà nell'Italia delle false partenze*, Bologna, Centro editorial dehoniano, 2014, p. 5.

<sup>5</sup> Aportación de Catholic Charities U.S.A., *Poverty and Families: Bringing the Social and Economic Reality of Poverty Out of the Shadows and into the Light*”, p. 7.

Caritas Francia (Secours Catholique) nos recuerda, en su reflexión, cuanta soledad y sentimiento de impotencia viven las familias marginadas, por un motivo o por otro: “Las familias que viven en la pobreza – escribe la Caritas Francia – se sienten aisladas” (...) “Muchos padres nos cuentan que no tienen a nadie con quien hablar, aparte de sus hijos”. (...) “Hoy en día, vivir en la precariedad hace entrar a las personas en un sistema de dependencia y reconocimiento negativo... que arrastra consigo el sentirse inútil y, con frecuencia, no ser reconocidos como actores a los ojos de los demás y de la sociedad”<sup>6</sup>.

Hoy se habla mucho de la calidad de la vida, pero yo no creo, en la manera más absoluta, que este sistema económico y de pensamiento la esté favoreciendo. Vivir no es sólo existir, sino existir de *una cierta manera*. Viktor Frankl decía: “La vida no es algo, sino la ocasión para hacer algo”. Solo la presencia de sentido en la vida, sólo una vida vivida con dignidad y plenitud, por parte de cada uno de nosotros, sin excluir a nadie, puede ser generadora de esperanza para el mundo.

Por eso no podemos intervenir solo en los efectos negativos del sistema económico actual, sin modificar sus causas. El gran desafío que tenemos ante nosotros es precisamente la voluntad de cambiar el pensamiento dominante y las instituciones que se han visto impregnados del mismo. Está en nuestra capacidad de reconstruir con las familias y a la luz de los valores del Evangelio una economía y una sociedad realmente orientadas hacia el bien común.

Y aquí llegamos a nosotros, como cristianos, familias, comunidades eclesiales, nosotros como Iglesia. ¡Porque es precisamente a nosotros, hoy, a quienes habla el Señor!

Gustavo Gutiérrez se plantea a sí mismo y a la Iglesia esta pregunta crucial: “En el mundo de la revolución tecnológica y la informática, de la “globalización” de la economía, del neoliberalismo y el denominado post-moderno, ¿hay espacio para quienes hoy son pobres y marginados y buscan liberarse de una condición deshumana que pisotea su dignidad, como personas y como hijos de Dios? ¿Qué rol juega el Evangelio y la fe de los pobres en un tiempo que se presenta como alérgico a la certidumbre y la solidaridad humana?”<sup>7</sup>

Y nosotros podemos añadir hoy: ¿qué ha de decir el Evangelio a las familias de hoy, a las que viven en la precariedad y a las que viven en el bienestar, a quien ha sido herido por la vida y

---

<sup>6</sup> Aportación de Secours Catholique (Caritas Francia), p. 2.

<sup>7</sup> G. GUTIERREZ, “Análisis crítica de la teología de la liberación” en *Il Regno* N. 10 (1997) : pag. 304.

a quien lo fue menos?, y ¿qué nos dice él Señor en concreto a nosotros que intentamos vivir a la luz de Su Palabra?

¿Qué espacio tienen en nuestra Iglesia las familias heridas por un sistema económico que las excluye, azotadas por las guerras y la violencia, debilitadas por la «globalización de la indiferencia» o heridas por la fragilidad de los afectos y valores?

El *Instrumentum Laboris* de la Asamblea del Sínodo evidencia que “Algunas observaciones (derivadas de la consulta de las iglesias locales, n.d.r.) piden una palabra profética fuerte de parte de la Iglesia en relación a la pobreza, que pone a dura prueba la vida familiar. Una Iglesia «pobre y para los pobres», se afirma, no debería dejar de hacer oír bien alto su voz en este ámbito”<sup>8</sup>.

En el fondo, el Dios de la Vida, al hacerse uno de nosotros, tuvo que vivir la experiencia de una familia humilde, sencilla, migrante y en esa familia concreta se puso a trabajar con sus manos, para ganarse el pan con el sudor de su frente, a hacer gestos de solidaridad y ayudar a curar las heridas de la gente de su tiempo. Jesús no se mantuvo alejado de las personas y familias en dificultad, sino que fue a su encuentro, vivió con ellas, comió y lloró con ellas, cuidó de ellas, come el Buen Samaritano. Buscó y amó también a la oveja perdida. Denunció abiertamente las injusticias para defender a los más débiles. Y nunca se demoró con resignación, ante el *status quo*, sino que hizo ya entonces ese cambio que solo el amor sabe generar.

Las primeras comunidades cristianas fueron siempre llamadas, como en toda la historia de Israel, a cuidar de los más pequeños y frágiles, para que nadie se perdiera, ni se quedara solo o sucumbiera ante las opresiones de la vida.

Queridos amigos, también nosotros, los cristianos de hoy, tenemos que aprender de la “pedagogía” de Jesús, y sobretodo nosotros, pastores y agentes pastorales, necesitamos aprender de nuevo el alfabeto del amor, que sabe construir relaciones, amistad y solidaridad con todas las familias de nuestro tiempo, sin excluir a ninguna.

Solo de esta manera conseguiremos transmitir la belleza del Evangelio de la familia.

Las familias “heridas” por la vida no llegan todas a nuestras comunidades; con frecuencia, por un sentido de vergüenza o porque se han sentido juzgadas y no bien recibidas o son de otra idea o religiones, se quedan alejadas de los circuitos de nuestras iglesias locales.

---

<sup>8</sup> *Instrumentum Laboris* de la III Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos sobre “Los desafíos pastorales sobre la familia en el contexto de la evangelización”, Ciudad del Vaticano, 2014, N. 73.

Es por eso que el Papa Francisco nunca se cansa de decirnos: poneos en camino, sed una “Iglesia que sale”, una Iglesia “de puertas abiertas”, “capaz de curar las heridas y calentar el corazón de los fieles”<sup>9</sup>, y “muchas veces es más bien detener el paso, (...) para mirar a los ojos y escuchar» y «acompañar al que se quedó al costado del camino»<sup>10</sup>.

No hemos de resignarnos por el “siempre se hizo así”, busquemos nuevos caminos, pongamos en marcha nuestra creatividad afectiva, curemos las heridas de tantos rostros y tantas historias, denunciando las injusticias. Sobre todo, aprendamos a hacer sentir a las familias que son ellas mismas, en primer lugar, un gran recurso y una cantera de esperanza y de amor para la Iglesia, como nos indican las propuestas de Caritas Australia<sup>11</sup>. Si las familias se sienten bienvenidas y acompañadas por la comunidad, si se sienten sujetos y no usuarios, objeto de nuestra asistencia, ellas saben vivir con coraje el amor y la esperanza evangélica y tendrán siempre confianza en el hombre y en su capacidad de crear amistad y solidaridad<sup>12</sup>, como bien escribe en su libro Don Gino Rigoldi.

Hoy el sentimiento más generalizado entre las familias en dificultad es el sentimiento de impotencia frente a una realidad socio-económica que les supera y, con frecuencia, termina por aplastarlas. Por eso, nosotros los cristianos no podemos limitarnos a aliviar sus heridas, sino que hemos de tener el coraje evangélico y el compromiso civil de cambiar esta realidad, de liberar a las familias del peso que las embarga.

La fuerte exhortación lanzada desde hace tiempo por la Iglesia nos empuja a comprometernos en nombre del Evangelio: “Con el mensaje evangélico, la Iglesia ofrece una fuerza liberadora y promotora de desarrollo, precisamente porque lleva a la conversión del corazón y de la mentalidad; ayuda a reconocer la dignidad de cada persona; dispone a la solidaridad, al compromiso, al servicio de los hermanos; inserta al hombre en el proyecto de Dios, que es la construcción del Reino de paz y de justicia, a partir ya de esta vida”<sup>13</sup>. La mayor prueba para las familias de nuestro tiempo es la soledad, que aísla y destruye. Solo el amor recibido, vivido y compartido día a día, en la familia y en la comunidad, hará que nadie se sienta nunca solo.

---

<sup>9</sup> A. SPADARO, *Intervista a Papa Francisco* en CIVILTÀ CATTOLICA N. 164 (2013), p. 461.

<sup>10</sup> Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, N. 46.

<sup>11</sup> Aportación de Caritas Australia, p. 6.

<sup>12</sup> Cfr. Don Gino RIGOLDI, *Ricostruire la speranza*, con Pierfilippo Pozzi, Edizioni Laterza, 2014.

<sup>13</sup> S. Juan Pablo Paolo II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio* (7 de diciembre de 1990), N. 59.